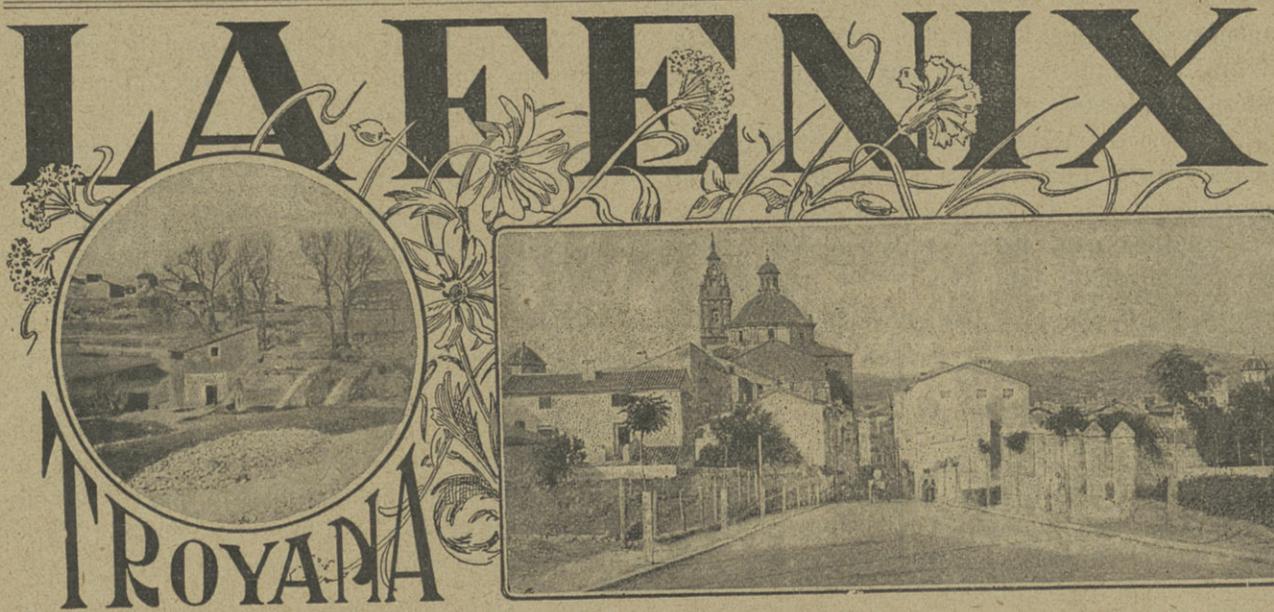


LA ENENIX





TROYANA

AGRICULTURA, COMERCIO
INDUSTRIA
HISTORIA, CIENCIA
LITERATURA

REVISTA QUINCENAL REGIONALISTA

Redacción y Administración: Calle de Cuarte, 22 - VALENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Año.	3	ptas
Semestre.	1'75	«
Trimestre.	1	»
Número suelto.	0'15	»
A los suscriptores. 0'05 »		

Mirando al más allá

¡Mes de Noviembre, mes incoloro y gris que trae a la mente la visión de lo deleznable, de lo efímero de las cosas, de la fugacidad de todo, porque todo pasa y... aun los más dulces recuerdos de la vida, se desvanecen en la memoria como un verso lejano del cual apenas recordamos el ritmo!...

En este mes dedicado a los que fueron, a los que vivieron junto a nosotros perfumándonos con su amor, iluminándonos con su inteligencia, parece enseñorearse de nuestro espíritu la idea de la muerte como realidad que se impone al correr del tiempo, como porvenir fijo, como segura certidumbre que nos da paz interior y calma serena y absoluta.

Y es que la muerte es un beso casto, una caricia sagrada. Limpiando nuestros corazones de su excesiva carga de egoísmos, de vanidades locas,

de mezquinos intereses, contemplaremos siempre a la muerte como una interrogación y como un término.

Comprendiendo la inutilidad de nuestras protestas contra ella, la aceptaremos tranquilos, ecuanímenes, sin vulgares rebeldías, pensando que, sin la muerte, la vida no tendría su misterio, su valor intensamente poético.

Estas meditaciones filosóficas harán que consideremos la llegada de la hora final sin las inquietudes y los desgarramientos de las almas frívolas; harán que consideremos a la muerte como una continua elevación, como un soplo helado, sí, pero como un soplo que no cesa de levantar los corazones.

Vamos dejando en cada tumba un ensueño o un recuerdo, la dulzura de una pasión o la caricia de una esperanza, pero, en cambio, recogemos de ellas una flor de espiritualismo y de idealidad.

Son las tumbas admirables lecciones que nos hablan con elocuencia de las frágiles vanidades



ALREDEDORES DE CHELVA

Restos del acueducto romano de «La piedra cortada» en la rambla de Alcotas

(Fot. J. Belenguer)

humanas que, como los capullos que se abren a la aurora, por la noche no son más que un despojo estéril y sin forma.

Además, la muerte es forjadora de aspiraciones nobles y desinteresadas; ella nos inspira fe en los que vienen detrás de nosotros y así los evocamos como suprema esperanza de toda magna obra; ella nos da la visión del futuro ciudadano, del soldado heroico, del nuevo individuo que pueda crear otra sociedad sana, patriótica y regeneradora; ella impide que la ancianidad pese con toda la fuerza del pasado, que la juventud pierda sus energías renovadoras, que el mundo sea una repetición de cosas, de pensamientos y de hombres.

Digamos en unión del filósofo Renouvier: «Hay que resignarse ante la muerte, es preciso esperar tranquilos este hecho universal.»

Esta conformidad suave, este pensar discreto, estos razonamientos lógicos no pueden, no deben excluir nuestro amor a la vida, amor hondo, intenso, que nos lleve a vivirla grande y generosamente dedicados a la investigación de la verdad, al amor de nuestros semejantes, a la admiración de la belleza, a la defensa tenaz y porfiada de los más altos ideales.

Si así empleamos la vida, no es posible temer su fin, que ha de aparecernos siempre como una perspectiva ideal, como un aspecto de eternidad misteriosa que salvará al hombre de la rutina, de la monotonía lenta y pesada, del cansancio infinito de una constante actividad.

* * *

Ocupar dignamente la vida y esperar la muerte con ánimo suave y tranquilo, determina en el hombre una clarividencia espiritual que debe ser orgullo de la estirpe humana.

No temer a la muerte, pero respetarla, sentir la emoción augusta de este momento supremo, bendecirla como coronación maravillosa de todos los misterios... deben ser ideas que vibren en nuestro cerebro, sentimientos que palpiten en nuestros pechos.

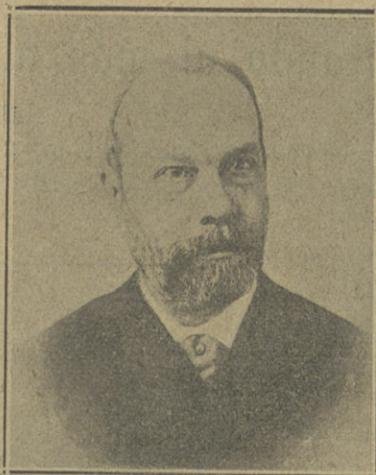
Y de este respeto a la muerte, de su consideración filosófica, de su visión mística, surgirá nuestro culto a los muertos, nuestra devoción fervorosa a los que fueron, nuestro recuerdo constante a los que amamos y nos amaron y nos dieron los consuelos de su amistad leal, la alegría de sus miradas, los cánticos de su voz, el licor perfumado de sus besos.

A todos ellos debemos dedicarles los latidos afectuosos de nuestro corazón; pero ahora en la triste actualidad de una guerra mundial, consagremos un especialísimo culto a los que murieron heroicamente por su patria, a las juventudes destruidas en la sublime defensa de sus hogares.

Aquí en España, donde el sombrío aleteo de una cruel epidemia ha hecho tantas víctimas, en el día de los Difuntos debemos ofrendarles flores, piadosas lágrimas, dulces oraciones, amorosos recuerdos.

Y a los médicos que en estos luctuosos días han caído en holocausto a sus deberes, a esos mártires, a esos seres valientes y fuertes, ya que han muerto como héroes, concedámosles un sitio en el templo de la inmortalidad. Para semejantes muertos, en vano la noche sombría del olvido, a la que va a parar todo lo que desaparece, pasará por su sepulcro. Ante él debemos prosternarnos y con todos los entusiasmos de nuestra alma proclamar su gloria, esa alba cuya luz serena hará brillar su memoria y perdurar su recuerdo.

NATIVIDAD DOMÍNGUEZ, DE ROGER.



D. Jacinto Labaila

D. Jacinto Labaila y González, nació en Valencia el día 11 de Septiembre del año 1833, siendo bautizado en la iglesia de San Miguel.

Fueron padres de este inspiradísimo escritor, don Francisco de P. Labaila, notable jurisconsulto, que fué Juez de 1.^a instancia de Valencia y alcalde constitucional de la misma ciudad, y D.^a Vicenta González, perteneciente a una respetable familia de comerciantes.

Aprendió las primeras letras en la acreditada escuela de D. Mauricio Daroca, la 2.^a enseñanza en las Escuelas Pías, y en la Universidad literaria cursó las carreras de Filosofía y Letras y Leyes, obteniendo el título en la última de las citadas facultades el día 16 de Agosto de 1856.

Comenzó nuestro biografiado su labor literaria publicando sus primeras poesías en un libro hecho por varios jóvenes concurrentes a la clase que todas las noches explicaba gratuitamente en el *Liceo* el venerable don Vicente Boix, jóvenes que más tarde ocuparon preeminentes lugares en el mundo de las letras y que se llamaron Yago, Ortiz, Maiquez, Liern, Blasco, Serrano-

Cañete, Atard, Solanich, Arévalo, Franqueza y Llorente. El libro a que nos referimos fué intitulado «El mundo suspirando» y quedó impreso el año 1851, formando un tomo de 200 páginas, en la imprenta del Correccional de Valencia.

A este trabajo de su incansable mano siguieron otros para el teatro, que le valieron ruidosos triunfos. Recordamos de comedias y dramas, en uno o varios actos, los siguientes estrenados en los teatros Liceo, Principal y Princesa, de Valencia; Español, de Madrid y Principal de Barcelona: *Arte de hacerse amar*, *La nave sin piloto*, *El grito de la conciencia* (a.), *¿Me entiende V.?*, *La providencia*, *¡Ojo al Cristo!* *El primer amor* (z.), *La espuela*, *Las mujeres en venta*, *Misterios del corazón*, *La fábula de la lechera*, *Alma y cuerpo*, *La mariposa y la luz*, *Con alas se vuela*, *La ratonera*, *Precio de un retrato*, *Los comuneros de Cataluña* y *Los Almogávares*.

También publicó el Sr. Labaila otros libros, tales como: *Canto a Teresa* (traducción al lemosín), *Ecos de la juventud*, *Mesa revuelta*, *Flores del Turia*, *Poesías serias y jocosas*, *Objeto y tendencias del organismo valenciano «Lo Rat-Penat»*.

Colaboró brillantemente en muchos diarios y revistas, principalmente en «El Diario Mercantil», «El Museo Literario» y el «Boletín del Ateneo», de Valencia, y en «La América», «Museo Universal», «El Pícaro Mundo» y «La Antorcha», de Madrid.

Fuó D. Jacinto Labaila Mantenedor de los Juegos florales de Barcelona el año 1868; socio de mérito de varias entidades literarias y presidente ilustre de «Lo Rat-Penat».

Dejó de existir este valenciano insigne el día 18 de Febrero del año 1896.

X.

Por la salud

Los diez mandamientos de las Escuelas suecas

1.º El aire fresco día y noche, condición necesaria a la salud, es el mejor preservativo contra las enfermedades de los pulmones.

2.º El movimiento es la vida. Hacer todos los días ejercicios al aire libre, trabajando y paseando; este es el mejor contrapeso del trabajo secundario.

3.º Comer y beber moderadamente; aquel que prefiere al alcohol, el agua, la leche y las frutas refuerza su salud y aumenta su capacidad para el trabajo y la felicidad.

4.º Los cuidados inteligentes de la piel; endurecerse contra el frío mediante lavados con agua helada diaria y tomar una vez por semana un baño caliente. Así se conserva la salud y se preserva de los enfriamientos.

5.º Los vestidos no deben ser ni demasiado cálidos, ni demasiado ajustados.

6.º La habitación debe ser expuesta al sol, seca, espaciosa, limpia, clara, agradable y confortable.

7.º Limpieza rigurosa en todas estas cosas; el aire, el agua, la alimentación, el pan, los vestidos, la casa, todo debe ser limpio; también la moral. Es el mejor preservativo contra el cólera, tifus, y todas las enfermedades contagiosas.

8.º El trabajo regular e intenso es el mejor preservativo contra las enfermedades del cuerpo y del espíritu; esto es, consuelo en la desgracia y felicidad en la vida.

9.º El hombre no halla el reposo y la distracción después del rabajo en las fiestas ruidosas. Las noches se han hecho para dormir. Las horas de descanso y las fiestas deben reservarse para la familia y la satisfacciones espirituales.

10.º La primera condición de una buena salud es una vida fundada por el trabajo, ennoblecida por buenas acciones y sanas alegrías. El deseo de ser un buen miembro de familia, un buen trabajador en su esfera, un buen ciudadano en su patria, presta a la vida un valor inestimable.

Los diez mandamientos de las Escuelas inglesas

1.º Deseo tener abierta día y noche la ventana de mi cuarto para no contraer constipado.

2.º Haré todo lo posible para tener en el mejor estado de limpieza, la cara, las manos y las uñas.

3.º Antes de comer me lavaré siempre las manos.

4.º Cada día, al levantarme y al acostarme, me lavaré la boca y limpiaré mis dientes.

5.º Tomaré, por lo menos, un baño por semana.

6.º Procuraré respirar por la nariz, teniendo cerrada la boca.

7.º No estornudaré ni toseré sin volverme o sin poner un pañuelo delante de mi boca.

8.º No escupiré en el suelo de las habitaciones, ni en las aceras de las calles.

9.º Comeré siempre despacio y masticando bien.

10.º Querré y respetaré siempre a mis padres y ejecutaré cada día una acción caritativa.

DR. BENJAMÍN TAMAYO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

Felipe V y la ciudad de Játiva

IX

(Continuación)

Sigue a este Decreto la instrucción publicada por Macanaz en Valencia el 6 de Diciembre del mismo año por medio de bando público, en el que se promulgaban las providencias ordenadas por la Majestad del Rey D. Felipe. De estas providencias, hay una copia incompleta en el Archivo municipal de Játiva; corresponde al año 1746, y está fechada en Valencia. Como fuente documental, hemos creído conveniente insertarla

en las notas bibliográficas. Antes de iniciar la reconstrucción de Játiva o San Felipe, se nombró Gobernador, Ayuntamiento y un elenco, escogido de la naciente ciudad. La nueva población fué reedificada con arreglo al plano trazado por el P. Tosca y otras personalidades técnicas, y en lugar de pobladores rebeldes «se ponga una fidelísima colonia de nuevos pobladores dignos y beneméritos de tan singular honra. La mayoría fueron oficiales y soldados de sus tropas reales, huérfanos y viudas de militares muertos en su servicio y otras personas adictas a su causa, sobre todos los cuales habían de recaer los bienes, propiedades y gracias de los rebeldes de la nueva ciudad de San Felipe. El Real Fisco se apoderó de todos los bienes de la ciudad y moradores, «menos los que pertenecían a las iglesias y eclesiásticos». Completan el referido decreto varios artículos, ordenando la comparecencia judicial de los antiguos habitantes que hubieran sufrido menoscabo en perjuicio de su lealtad, para rehabilitarles convenientemente, previa justificación oficial y garantías. Los fueros y privilegios no fueron devueltos por el primer Borbón, que supo aprovechar coyuntura favorable para suprimir, cuando ya no tuvo razón de ser, la legislación foral, verdadera pugna de ideas en los tiempos medioevales entre la monarquía y la nobleza.

Pero como la astucia y sagacidad humanas pueden armonizarse con la justa prudencia de los soberanos, por eso, el mismo que había derruido conventos, tomado castillos, fortalezas y venganzas contra los partidarios del pretendiente, el que ciego y frenético y a impulsos de su ira soberana, ejecutó actos de exterminio contra gentes indefensas que proclamaban su nombre en la soledad de los monasterios e iglesias, huyendo de los horrores cometidos por tan enconados e irreductibles enemigos, él mismo, después de arraigada su causa con general convicción, comprende la gravedad en los desmanes, la desigualdad de fuerzas entre vencedores y vencidos, el abuso bélico ofensivo innoble de algunos de sus generales que no tuvieron inconveniente en ello con tal de conseguir su propio e inmerecido honor, fama en la posteridad y su exaltación para cargos elevados y de compromiso político; él mismo, por eso, abre para los hijos y pobladores de la nueva ciudad de San Felipe, una era de paz y de relativa libertad, concediendo el animoso rey, varios privilegios, algunas de sus antiguas libertades, devoluciones de rentas y confiscos a los que a su Real juicio y previas garantías, eran sus partidarios, o por lo menos habían sido extraños a los anteriores movimientos revolucionarios. Disposiciones y reales cédulas para reconstruir edificios, cultivar las tierras y poblar terrenos desiertos, son entre otras medidas, pruebas ostensibles de su simpatía más o menos efectiva hacia la antigua población de Xátiva y desde su reedificación por el primer Borbónico de San Felipe, nombre cuya fortuna no se extendió mucho más de la centuria siguiente para recobrar por atavismo su tradicional apelativo: JÁTIVA.

JESÚS ROS Y GARCÍA-PEGO.

(Continuará.)

A cada uno lo suyo

—Señor marqués, ahí está el tío Valero, el que vende frutas y verduras, y dice que tendría mucho gusto en ver al señor, si hace el favor de recibirle.

—¡Ya lo creo! Tiempo hace que no le veo por aquí; dile a ese excelente hombre que suba.

—Pero es que quiere subir con la cesta de las verduras.

—¡No hay inconveniente! En el campo, y tratándose de un buen hombre como ese, no vamos a andar con etiquetas. ¡Que suba, que suba enseguida!

—Voy por él.

—Buenos días, señor marqués, ¿que tal?

—Bien, ¿y tú, Valero?

—Hay salud. ¿Y la familia?

—Está bien. ¿Y la tuya?

—Así andamos. La Melchora la tengo muy malica; ice el médico que tiene un animalucho en la tripa que tiene más de cien varas de largo, y no podemos sacárselo.

—¡Pero, hombre!

—¡Nada, que no sale! Yo ya hi probao de todo; li dao pepitas de calabaza, li dao corteza de granada... hace un mes la eché en el suelo y empecé a dále patadas y patadas, que a poco la mato, y el animalico sin salir. ¡Y ha e salir, o no soy yo quien soy!

—Eso es la solitaria.

—Sí, señor; pero no sale. ¡Hasta hi compro un libro que se le llama *La solitaria y su tiempo*, que me costó cuatro pesetas, y no ice nada de eso!

—¡Vaya con Valero! Gran gusto tengo de verte; ¿Por qué no vienes más a menudo?

—Porque ese hombre de la levita con botones que está a la puerta, que páice a un santo que hay en mi pueblo, no me deja entrar nunca.

—¿De veras?

—Ice que no hi de entrar, y un día le voy a sacar el mondongo. ¿Pues por qué no puó entrar yo aquí?

—¡Ya lo creo!

—¿Por qué no hi de vendéle al señor marqués lo que le guste? Miste, traigo unas borrajas que se comen solas, y unas «acerollas» como lúpias, y unos «bisaltos»... ¡amos, aver quién pué conmigo! ¡Y el samarugo ese, morros de uva, ice que no los hi de vender... ¡lo que quiere ese ya lo sé yo!

—¿Y qué quiere?

—¡Que yo me lo sé! Lo que es menester es que el señor marqués tenga un arranque y se quede con tó el roscadero.

—Pues ála; amos a volcálo. Así me gustan a mí los hombres; ¡vaya unas verduras! ¡Te comes un plato e agalchofas de estas y no tiés qu'ir a cierta parte, con perdón, en un mes!

—¡Valero!

—¡Sí, señor; lo digo yo, que de esto sé mucho! Con que aquí se queda todo, ¿verdá?

—Todo. Y vamos a ver: ¿cuánto quieres por todo?

—No quió nada, y quió mucho.

—Vaya, te doy treinta reales.

—No, señor.

—Bueno, hombre; te doy dos duros.

—No, señor.
 —Muy caro vendes. ¿Quieres cincuenta reales?
 —Que no quiero «dineros».
 —¡Ah, es que no quiero que me regales tu mercancía!
 ¡Eso no!
 —¡Tampoco!
 —Pues entonces, ¿qué vamos a hacer?
 —Pues por too eso, y como precio fijo... me va usted a dar una «ocena» de estacazos bieu daos en las espaldas.
 —¡Hombre, no seas bárbaro!
 —No soy bárbaro, no señor; y si a mí me da la gana de que el precio sea ese, hay que pagáme así. Y de aquí no salgo si no me dan doce trancazos de verdá.
 ¡Con que usted verá!

—No seas bruto. ¡Mira que te los doy de veras!
 —¡Cuanto antes, mejor!
 —¡Que te los doy, Valero!
 —¡Valenciano si no!
 —¡A ver, Andrés!
 —Señor marqués...
 —Coge el garrote que se ha dejado ahí el pastor esta mañana, y dale a este hombre doce garrotazos que se oigan bien.

El tío Valero.—¡Y a ver si no «reblas» y me los das de formalidá y a palo de colchonero! ¡Ala!

—¡Uno!
 —¡Buenas manicas tienes! ¡Ala! ¡Vengan más!
 —¡Dos!
 —¡Las estrellas hi visto!

El marqués.—Vaya, para broma ya basta...

—¡Que quió doce!
 —¡Tres!
 —¡Rediós, qué dolor!
 —¡Pero hombre!...
 —Acaba y dámelas de prisica, que tengo que ir a la viña.

(El criado le da los nueve que faltan. El tío Valero, echando dos lagrimones):

—Ahora que llamen al apatusco ese de la levita con botones.

—¿Para qué?
 —¡Que venga, que es pa un asunto!

El marqués al criado.—A Manuel el portero, que suba.

(El tío Valero, viendo entrar al portero y cogiéndole por el cuello):

—Ahora vamos a ajustar las cuentas nosotros.

—¡Señor marqués!...

—¡No hay señor marqués que valga! Tú, ¿por qué no me dejabas entrar aquí? ¿Qué más dicho un montón de veces? ¡Dílo o te saco el redaño! ¿Lo ices o no?

—Dílo tú, Valero, que él no se atreve.

—Pues me tiene dicho que no me ha e dejar entrar en su casa de usted si no le doy «la meta» de lo que venda. Con que ahora mismo le vamos a dar aquí media docena de estacazos; ¡a cada uno lo suyo! ¡Seis pa tít!

—¡Tienes razón!

—¡Ala! ¡A esnudáse!—Quitándole al portero el levitón y cogiendo la tranca—¡Uno!

El portero.—¡Ay, que me mata!

—¡Dos!

—¡Por la Virgen Santísima!
 —¡Tres!
 —¡Que estoy echando sangre!
 —¡Como que yo los doy de legalidá! ¡Cuatro! ¡Cinco!
 ¡Seis! ¡Estamos pagaos! ¿Quié el señor marqués alguna cosa?

—Tú eres un hombre honrado, y éste se va a la calle.

—Y yo a ver si le saco la sargantana esa del cuerpo a la Melchora. ¡A esforzar, señores! ¡Y tú ya tienes tu parte; a cada uno lo suyo! ¡Las cuentas claras y el chocolate espeso!

E. BLASCO.

Valor heroico

La consideración del valor como virtud del ánimo se presta a muchas interpretaciones, pues cada cual lo estima conforme a sus sentimientos y a las ideas adquiridas por la educación.

Para nosotros, el valor consiste en conservar la serenidad en el peligro, sin arriesgar la vida inútilmente, antes bien procurando salvarla, no dejando por eso de acometer el acto humanitario, que a veces compromete la existencia del héroe. Se me dirá que el valor entonces es cuestión de temperamento y que únicamente los flemáticos deberían entrar en la categoría de valientes. Posible es que tengan razón los que de este modo nos objetan; pero vamos a cuentas, y examinemos lo que se entiende ordinariamente por valor, empezando por el del guerrero.

Produce general entusiasmo el ardor bélico de esforzados capitanes y soldados que avanzan impávidos a la muerte, despreciando las balas y bayonetas del enemigo, ya para defender su bandera, ya para arrancarla de manos del contrario.

Es innegable que se necesita gran predominio sobre el instinto natural de conservación para permanecer tranquilos en el fragor de una batalla; pero todos los militares reconocen que al principiar el combate se experimenta cierto escalofrío, que desaparece una vez empeñada la lucha, sin duda porque al reaccionar luego, el mismo instinto de conservación impulsa a la defensa y despierta el coraje de la fiera humana, transformando al más tímido en un adalid capaz de ejecutar actos increíbles de arrojo, de que él mismo se admira haber realizado. Pues bien: aun en este caso de valor guerrero en defensa de la patria, como el fin siempre es *homicida*, no merece, en nuestra opinión, ser calificado de heroico; y nada digamos del espadachín que muere o mata en desafío por una atávica y falsa creencia del honor mancillado, porque en el duelo se falta a la ley civil y moral, que proscribire y condena el suicidio y el asesinato. Respecto al valor típico y venal del torero, del atrevido acróbata, juglares y boxeadores, que divierten a un numeroso público de gusto estragado y feroz, ávido de emociones fuertes, nos parece digno de conmiseración, cuando no de nuestro desprecio, pues estas gentes arriesgan la vida para vivir en la holganza y generalmente en continuada orgía.

Tampoco falta quien llame valor a la ferocidad de criminales y bandidos, chulos y truanes que, trabuco o navaja en mano, despojan a los caminantes o sacian sus feroces instintos cosiendo a puñaladas a un jugador o rival afortunado, y tal vez se enसान contra indefensas mujeres porque justamente lleguen a inspirarles horror tales rufianes y desalmados bravucones.

Resumiendo nuestro pensamiento, el valor heroico *digno de nuestro amor* consiste en afrontar el riesgo y aun decidirse al sacrificio de la propia vida por salvar las de otros hombres, no por el egoísmo que siempre encierran las distintas clases del valor antes enumeradas, que muchos lastimosamente confunden con el heroísmo y lo hacen objeto de su admiración entusiasta.

Pudieran añadirse, como aproximándose al valor heroico, los actos realizados por algunos individuos en el ejercicio de profesiones arriesgadas; verbigracia: la de bomberos, marineros, guardia civil y otros, donde el cumplimiento del deber los obliga con frecuencia a poner su vida en peligro, excediéndose a veces, por un noble e irresistible impulso altruista, del límite que la prudencia más elemental aconseja.

Creemos que la sociedad es demasiado parca para recompensar los servicios prestados a la misma por estos valientes, cuyos nombres deberían glorificarse con mucha más razón que el de toreros y boxeadores, ídolos de las multitudes ignorantes.

Recuerdo que, hace unos veinte años, unos niños del Asilo Naval de Barcelona salieron a dar un paseo en barca, levantándose de pronto un violento temporal que los arrojó hacia Mataró, de donde un pobre pescador se lanzó intrépidamente a recoger los naufragos, que hubieran perecido sin su oportuno auxilio; mas en la brega recibió tan tremendo golpe, que apenas le dió tiempo para salvar a aquellos pequeñuelos, quedando exánime en la playa, mudo testigo de aquella hermosa acción. ¿Quién recuerda el nombre de aquel humilde pescador, ni qué sería de su pobre viuda y de sus hijos desamparados?

La Prensa diaria dedica columnas enteras a la reseña de la llamada fiesta nacional, y nos habla con fruición de las agrupaciones tauromáquicas fundadas y protegidas por muchos e ilustres aficionados, ídólatras de los maestros en el arte. ¿No sería empresa más gloriosa y conveniente que los hijos de la noble España consagraran sus energías en promover la creación de Sociedades para salvamentos de naufragos. Montepios para los bomberos y demás operarios que perecen o son víctimas de accidentes del trabajo útil y beneficioso para la sociedad? En una palabra: ensalzar y glorificar a los innumerables héroes que se sacrifican en obsequio de sus semejantes.

Citemos, para satisfacción propia y honra de España, el heroico hecho que narra *Le Figaro*, de París, el 10 de Mayo de 1915:

«Durante las operaciones de salvamento de los pasajeros del *Lusitania*, muchas mujeres y niños debieron la vida al arrojo y a los denodados esfuerzos de un joven español, D. Vicente Egaña, que realizó actos de verdadero heroísmo.

Al ocurrir la explosión y comenzar, con la natural precipitación, el lanzamiento de botes, que ocupan apresuradamente los pasajeros, el joven Egaña se negó

a tomar sitio en uno de ellos y, cediendo su puesto a una señora, se lanzó en busca de mujeres y niños; recorrió el buque de popa a proa, repitiendo la operación varias veces, y sacando en brazos a los niños de los camarotes, iba a depositarlos en las canoas, alentando a las mujeres, que corrían alocadas por el buque, e infundiéndoles valor, las llevaba del brazo hasta los botes, y valvía a meterse por los pasillos, animando y tranquilizando a todo el mundo.

Así permaneció trabajando hasta que, inclinado ya el buque y cuando el agua lo había invadido, el joven español se arrojó al mar y nado largo rato, hasta que fué recogido por una canoa, ocupada en su mayoría por niños y mujeres a quienes él había salvado.»

Estos rasgos de valor heroico se repiten con frecuencia en los puertos de nuestra Península, y nos parece digno de especial mención el salvamento de los naufragos del bergantín austriaco *Caritá* realizado en Cádiz, en 1867, por el marinero Cayetano Ricar y once compañeros suyos, que se lanzaron al agua cuando el estado del mar hacía imposible toda esperanza a hombres menos arrojados y de sentimientos menos altruistas que los de aquellos toscos y honrados marineros gaditanos.

Últimamente un torrero del faro de La Coruña pereció víctima de su arrojo, por salvar a unos naufragos y si bien el Ayuntamiento de aquella ciudad, para socorrer a la viuda e hijos del héroe, inició una suscripción popular, no creemos que el resultado obtenido ni las alabanzas que a raíz del suceso se le tributaron correspondieron a la sublimidad del acto.

Es preciso que el público se interese más en favor de estos héroes, para que no suceda como en el caso antes citado de Cayetano Ricar, quien recibió por toda recompensa una cruz de Beneficiencia de *segunda clase*.

Mucho podrán hacer los maestros en favor de su patria y de la Humanidad si saben inculcar en el ánimo de los niños ideas exactas acerca del valor, mostrándoles ejemplos dignos de imitarse, como los de los heroicos españoles D. Vicenle Egaña y Cayetano Ricar, procurando que desprecien los actos de arrojo temerario y venal, estériles y aun perjudiciales para el bien de la sociedad, y que no obstante, producen el mayor entusiasmo en la inconsciente multitud, dándose el caso estupendo de malgastar nuestra pobre nación enormes sumas en plazas de toros y toreros cuando carece de buenas escuelas y no abundan los maestros idóneos y bien remunerados, que han de sacarla de su presente abatimiento y postración.

También debiera esperarse de la cultura de la Prensa periódica que contribuya a difundir es nuestro pueblo ideas más exactas acerca de la apreciación, pues tal vez por atavismo histórico se entusiasma con los actos esforzados de cualquier clase, reservando un injustificado menosprecio a las virtudes cívicas, que exigen una firmeza y valor no menos grandes y son base firmísima de la prosperidad de las naciones.

EDUARDO LOZANO.

Madrid.

Artículo incandescente

Esto de la luz eléctrica va pasando de castaño *obsuro*.

(Escribo *obsuro* con *b* para que la *obscuridad* sea más perfecta.)

Cuando no se rompe una correa sin fin, se desentra un eje o se deteriora un volante, y cuando el desperfecto no corresponde a la máquina productora, ahí están los cables conductores, dispuestos a una derivación a tierra o a un contacto con la primera tubería que se presente.

La ciencia dijo: *Lux fiat*, y se hizo la luz; pero la práctica nos está diciendo a cada instante: *Apaga y vámonos*.

Un amigo que vende lámparas me asegura que el *filamento* puede resistir tres mil horas en ignición, lo cual resultaría muy económico; pero yo no lo creo.

¡Tres mil horas no las tiene de vida un ministerio, en estos tiempos que atravesamos!

Y si considero la duración exagerada, lo que es la intensidad me parece mucho más todavía.

Cinco velas de esperma dan más luz que una lámpara señalada con fuerza de diez bujías. Los grandes inventos, como los grandes hombres, pierden algo de su mérito tratados de cerca.

Delante de muchas lámparas eléctricas he suspirado con envidia recordando el hermoso velón de Lucena con sus cuatro mecheros.

Echándole aceite cuando lo necesita, un candil tiene luz para toda la vida.

Y no hacen falta máquinas ni cables. Basta con que no se pierda la cosecha de la aceituna.

Como soy propietario, aunque en pequeña escala, le tengo horror al petróleo, pero bendigo el aceite común.

La luz eléctrica hace daño a la vista y al bolsillo, porque resulta cara, digan lo que digan los explotadores del moderno fluido.

Desde que hay alumbrado eléctrico en los teatros, los autores vivimos con el alma *en un hilo*.

¡Quince representaciones, a cuatro duros una con otra, he dejado de cobrar en el espacio de nn mes! ¡Sesenta duros que no me abonarán, de seguro, las Compañías *autoras* de los perjuicios del *autor*!

Y gracias a las empresas previsoras he cobrado alguna vez, representando zarzuelas mías con hacha de viento y con cirios de la iglesia más próxima.

Y eso es asistir a un entierro más que a una representación.

Dos veces que he conseguido una entrada de favor, se ha suspendido la función en el teatro Real y he perdido el *paraíso* y la paciencia, teniéndome que ir con la música a otra parte.

¡Que felicidad es tener *luces propias*, como le sucede al teatro de Lara!

Como no se lo estropee la máquina a mi amigo don Cándido, la cual es muy difícil, los autores y el público están completamente tranquilos.

El Gobierno, imitando la conducta de otros países civilizados, debería ejercer una vigilancia constante sobre las empresas particulares, inspeccionando a diario las máquinas, y sobre todo, el tendido de cables.

Muchos empleados de telégrafos, que algo entendemos de electricidad, nos encargáramos de eso por muy poco dinero.

Y que no me daría yo poco tono proporcionando disgustos a *los ingleses* y a *los alemanes*.

¡Sobre todo a los primeros!
Como *delegado especial* del Gobierno español, ¡con qué gusto renegaría yo de mi apellido, y que me perdonen mis bisabuelos!

Si el servicio sigue libremente en manos de una compañía comercial, la luz eléctrica está llamada a desaparecer como la poesía lírica.

En mi último viaje a París (no he hecho más que

uno), me llamó extraordinariamente la atención que las tres cuartas partes del comercio y la industria de la capital de Europa no hayan adoptado todavía el alumbrado eléctrico, y no necesita demostración que los franceses tienen más luces que nosotros, dicho sea sin ofensa de nuestro orgullo nacional.

Yo echo de menos en los teatros los azulados tonos de las llamas de gas.

Con el alumbrado eléctrico me resultan los estrenos *fríos* y los éxitos *pálidos*.

Las espectadoras me parecen todas anémicas, y los espectadores, críticos envidiosos, con la cara de color de la cera.

El nuevo alumbrado es causa del retraimiento de muchas madres con sus hijas en estado de merecer.

¿Qué mujer lleva al teatro a su hija y la sienta tranquila al lado de su novio sabiendo que pueden quedarse a *obscuras* a lo peor?

(No me olvido de la *b* académica ni por todas las madres de este mundo.)

Pues bien: después de señalados tantos defectos y de comprender sus inconvenientes, debo confesar a ustedes que hace mes y medio que tengo hecha la instalación en mi casa.

¡Y aún no tengo luz!

La he solicitado de la Compañía Inglesa y está despachado el expediente municipal de *acometida*; pero, nada, ¡que no *me acometen*!

J. JACKSON VEYÁN.

Ecós varios

Nuevo contratista.—Según noticias que hemos tenido por conducto fidedigno, se ha hecho cargo de la reparación de los trozos de carretera comprendidos entre Liria, Casinos y Ventas de Villar, D. Pedro López, actual contratista de la reparación que se está efectuando entre las citadas Ventas y Chelva.

Al objeto indicado el citado Sr. López ha comenzado los trabajos preparatorios y seguramente dará el posible impulso a tan necesarias obras.

Mucho nos satisface que las modestas indicaciones de la FÉNIX, hayan merecido la atención del Sr. Ingeniero-jefe de Obras públicas de la provincia.

Medicación preventiva.—Hoy que la gripe es la preocupación de las gentes y acerca de cuya enfermedad tantas exageraciones se propalan, nos place hacer constar que no es, ni con mucho que se quite, tan mortífera ni tan general la epidemia que ha invadido la Península.

Además, la prensa profesional transcribe opiniones de eminencias médicas, altamente consoladoras y de consejos que, de seguirse, atenuarán el mal, dejándolo reducido a insignificantes proporciones.

Entre los medicamentos preventivos se preconiza como el más eficaz la tintura de yodo, tomándola antes de las comidas en cantidad de 4 a 5 gotas en un cortadillo de vino o leche.

Este procedimiento, acompañado de régimen higiénico en la vida ordinaria (limpieza, abrigo, evitación de indigestiones, etc., etc.), garantiza la inmunidad, y si el individuo está atacado, cuando recurra al uso del yodo, aminora la virulencia del mal y alivia rápidamente al enfermo.

Ya lo saben, pues, nuestros lectores: yodo e higiene los ponen a cubierto de toda invasión gripal; y si al mismo tiempo desechan el miedo, entonces miel sobre hojuelas.

Un ángel más.—A los pocos meses de venir al mundo, voló al cielo el hermoso niño Juan Miguel Roger Amado, dejando en el mayor desconsuelo a sus amantes padres D. Antonio y doña Victoria y a su bondadosa abuela D.^a María Vázquez.

A estos nuestros queridos amigos, envía la FÉNIX el más sentido pésame y el testimonio de su deseo de que la más santa resignación mitigue el dolor por la desgracia que hoy les aflige.

Otro fallecimiento.—Por tratarse de personas que en Chelva han vivido largo tiempo y que eran estimadas en alto grado por cuantos les conocieron, damos la triste noticia que sigue:

En la villa de Jarafuel, dejó de existir días pasados el distinguido joven D. Angel Gorrioz Alvarez, oficial del Cuerpo de telégrafos, hijo de D. Angel y doña Josefina.

La temprana edad del fallecido y sus excepcionales y relevantes dotes intelectuales, así como su laboriosidad, hacen doblemente sensible su muerte.

Comprendemos el inmenso dolor de los atribulados padres del malogrado joven y muy sinceramente los acompañamos en su justo dolor.

Aumento de sueldo a los Maestros.—En virtud del Real decreto de 18 del actual, en los partidos de Chelva y Villar del Arzobispo, han ascendido los siguientes Maestros:

A 2.500 pesetas: D.^a Vicenta Vivó, de Casas Altas.

A 2.000 pesetas: D. Juan José Dolz, de Ademuz; D.^a Ramona Sánchez, de ídem; D.^a Catalina Vicente y D. Nicolás Aguilar, de Casas Bajas; D.^a Encarnación Gil y D. Emilio Badimón, de Titaguas; D.^a Modesta Lacueva, de Chelva; D.^a Sofía Roig, de Alpuente; D. Atanasio García, de Alcublas; D.^a Josefa Auxias, de Casinos, y D. Demetrio Gil, de Villar.

A 1.500 pesetas: A este sueldo ascienden todos los demás Maestros no mencionados en las categorías anteriores, con excepción de los que en la actual categoría de 1.000 tienen derechos limitados y los que ascendieron a la de 1.100 después de 1.º de Abril de 1913 y figuran también con limita-

ción de derechos, los cuales disfrutarán provisionalmente 1.250 pesetas.

A todos nuestra enhorabuena, reconociendo que aún no han sido completamente atendidas sus legítimas aspiraciones y que, si bien han tenido una mejora de momento, resultan más de 11.000 Maestros y otras tantas Maestras en la categoría 8.^a, que permanecerán estacionados en ella si no se aumentan plazas en las restantes categorías.

Mercados

Los Sábados de Chelva.—Día 26 Octubre

	Pesetas
Trigo..	6'25 barchilla.
Cebada.	3'75 »
Alubias.	8'00 »
Patatas.	2'00 arroba.
Alfalfa seca.	2'25 »
Carbón.	1'75 »
Aceite.	18'00 »
Ajos.	3'50 »
Huevos.	2'00 docena.
Vino.	1'75 cántaro.
Jamones..	5'00 kilo.

Los Viernes de Villar del Arzobispo
Día 25 Octubre

	Pesetas
Vino..	2'00 cántaro.
Aceite.	18'00 arroba.
Carbón..	1'50 »
Alubias..	8'00 barchilla.
Arroz.	7'00 »
Trigo.	5'50 »
Cebada.	3'50 »
Jamones.	5'25 kilo.
Huevos..	2'00 docena.

Correspondencia particular

Sr. H., Burriana.—Lo sentimos, pero no puede ser, hermano.

LA FÉNIX es muy pobre y muy honrada
Y no miente por nadie ni por nada.

Sr. B. T., Murcia.—¿Vuelve usted a la carga y nos llama *guasontibilis* porque no publicamos sus versos? ¡Carambibilis, es usted el murcianibilis más graciosfibilis que hemos conocidfibilis!
¡Ande usted y que lo zurzan!

Sr. D. T. P., Alarcón.—Puede girar cuando quiera el 17 y el 18, que son los descubiertos.
Por correo satisfaremos su encargo

Cucaracha, Villoslada.—Siendo usted de Villoslada, como si fuese de Salamanca, le decimos que a quien como usted tiene el mal gusto de escoger para pseudónimo el nombre de un *ortóptero* tan repugnante como es el insecto que lo lleva, sólo merece, romper sus cuartillas y tirarlas a la basura.
¡Uf, qué asco!...